

El juego: escena primordial en la infancia.

De Alicia Sabó

“La ocupación favorita y más intencional del niño es el juego. Acaso sea lícito afirmar que todo niño que juega se conduce como un poeta, creándose un mundo propio, o, más exactamente, situando a las cosas de su mundo en un orden nuevo, grato para él. (...) Toma muy en serio su juego y dedica en él grandes afectos. La antítesis del juego no es gravedad, sino realidad. El niño distingue muy bien la realidad del mundo y su juego, a pesar de la carga de afecto con que lo satura, y gusta de apoyar los objetos y circunstancias que imagina en objetos tangibles y visibles del mundo real. Este apoyo es lo que aún diferencia el “jugar” infantil del “fantasear”. (S. Freud)

Cuando vemos la escena de un bebé con su mamá o su papá compartiendo un momento de juego, suele dibujárenos una sonrisa en el rostro y algo de esa escena nos conmueve y miles de imágenes y sensaciones rondan nuestro cuerpo y nuestra mente. A su vez, estas escenas despiertan en nosotros algunos interrogantes:

¿Cuál es la importancia del jugar en el niño pequeño?
¿Qué función cumple el juego de un bebé con sus papás?

Y en la escuela, en el jardín o en la primera experiencia preescolar: ¿Sigue siendo importante el juego? ¿Por qué? ¿Cumple alguna función allí, en ese nuevo escenario, con otros?

¿Tendría que involucrarse la maestra en esa escena lúdica?
¿Cómo y porque tendría que hacerlo?

Es sabida o supuesta la importancia del jugar para un niño pequeño. Los primeros juegos de un bebé son aquellos que suceden en el encuentro con el cuerpo de su madre. Este mira, toca y explora la cara y el cuerpo de su mamá mientras se alimenta y escucha la melodía de su voz, sonidos que representan como ecos, su amor.

Acaricia la mano, el brazo, el pelo de la madre y así, como en un espejo, se va reconociendo placenteramente en ese primer reflejo de sí mismo que es, el rostro materno. Sin embargo, esta escena puede darse siempre y cuando ella, a su vez, se refleje en él, en “su” bebé.

Debe encontrarse allí, reflejada en ese rostro, en ese pequeño cuerpo y sus movimientos, en un detalle, o una mueca, percibiendo y “leyendo” a los mismos como gestos (como movimientos dados a ver a ella), resultando así como reflejos de algo suyo, familiar, espejos de sí misma.

Poco a poco, y siempre que sea habilitado por la madre, va entrando en escena su padre (o quien ejerza el funcionamiento de la función paterna). De este modo se amplía y multiplica el universo de espejos, que irán armando las representaciones en donde cada uno de ellos, se encontrarán reflejados.

Ellos, los papás, en sus nuevos roles-funciones en construcción.

Él, el bebé, aún confundido entre variadas y entremezcladas sensaciones, cambios posturales, múltiples olores, sonidos e imágenes, pero siempre mirado, hablado, tocado y espejándose en esos Otros significantes que lo anticipan en el por-venir de su subjetividad.

Ambos, en una escena nueva, donde en esa emoción, satisfacción, preocupación, asombro se produce un reflejo doble, encuentro donde se ven reflejándose (como en un doble espejo).

Allí, los padres reconocen algo de sí mismos en el bebé y a su vez su bebé se encuentra en esa mirada que lo mira, nombrándolo como hijo y a ellos como padres, escena donde la terceridad desdobra los reflejos.

El niño poco a poco va ampliando su campo de experiencia, juega con el cuerpo de los otros, explora su cuerpo, va descubriendo los objetos y deberá ir abordando e invistiendo libidinalmente las dimensiones del espacio y el tiempo, en una escena compartida y sostenida por aquellos Otros significantes, los cuales le “donan” sus experiencias subjetivas, en escenas de amor y demanda cotidianas.

Estos primeros juegos corporales en la escena del entre-dos, le permiten ir constituyéndose como niño- hijo- sujeto deseante.

Esteban Levin explica acerca de estas primeras escenas, en su libro “La infancia en escena. Constitución subjetiva y desarrollo psicomotor” lo siguiente:

“Los movimientos reflejos por sí mismos y en sí mismos no generan una huella, una memoria, en tanto marca primordial que funda la subjetividad, ya que las características fundamentales de ellos son la rapidez y el automatismo del fenómeno, la identidad de la reacción motriz (el estímulo siempre produce la misma respuesta) y el carácter involuntario de la reacción.

Antes del sujeto por venir, de esa marca, de esa inscripción, hay sonidos, hay sensaciones propio e interoceptivas, sensaciones cenestésicas, hay sinergias automáticas, hay lo que Lacan llamó “Lalengua” (todo junto), haciendo referencia a ese cúmulo de sensaciones, sonidos y estímulos que no están todavía ligados, que no han sido articulados en una red significativa.”

Al nacer, el bebé es prematuro tanto en su imagen como en su esquema corporal, es decir que ambas deben constituirse. Para ello, los padres anticipan simbólicamente, ante cada producción de su hijo, un verdadero acto, una producción con un sentido subjetivo, único y particular. Para ellos cada movimiento se constituye en gesto (movimiento dado a ver a un otro), cada sonido se transforma en mensaje dirigido a ellos, listo para decodificar, para comprender desde esa nueva subjetividad naciente, desde esa nueva relación extraña por momentos pero mágica, en cuanto a lo enigmático, a lo indescifrable y a lo novedoso de la experiencia vivida, esa que sólo existe en ese espacio único entre ellos y su bebé-hijo.

De este modo, por ejemplo, cuando un bebé experimenta con su cuerpo cambios posturales, incluso los producidos por un reflejo neurológico, sus padres le anticipan un sentido, no pueden dejar de ver algo nuevo creándose, le suponen a ese movimiento una nueva conquista, un aprendizaje naciente y lo nombran como tal. “¡Qué lindo eso que hiciste! ¿Le mostramos a papá?” Le pregunta la mamá, mirándolo fijamente a los ojos.

O “¿Qué pasó? ¿Te molestó algo en esa panza?”. Lo interroga su papá ante un sonido quejoso de su bebé, mientras está en sus brazos.

El niño así, queda capturado en el deseo parental, en el doble espejo deseante, que va generando nuevas demandas hacia él, articulándolas y encadenándolas una a una con las que se han ido formulando hasta ese momento.

Primeras imitaciones en la infancia

“Nacer es, después de haberlo tenido todo, carecer súbitamente de todo, y en primer lugar del ser. (...) Se sabe de hecho que la suerte del hombre es la de nacer prematuramente, y que debe su fuerza a su debilidad, fuerza que es fuerza de la debilidad, es decir, pensamiento.” (M. Blanchot)

Los niños van armando su imagen y esquema corporal a medida que van “haciendo”, produciéndose escenas en escenarios donde se encuentran su cuerpo y los Otros. Así se va articulando lo real, lo imaginario y lo simbólico, anudándose en esa relación singular.

Estas escenas van dejando sus marcas, huellas que generan acontecimientos de tal envergadura que producen como consecuencia, la posibilidad de ir apropiándose de su cuerpo en producción, en una dialéctica adentro-afuera, conocimiento- desconocimiento, propio- ajeno, donde se juega el deseo de los Otros, adultos que lo aman y anticipan lo que será y producirá, demandándose, suponiéndolo anticipadamente sujeto, motorizado por deseos inconscientes (que van más allá de lo pedido- sabido y pensado por los padres).

En esa escena y escenario se encuentran madre e hijo, enredados en una experiencia compartida, íntima, donde los cuerpos, sensibles, se transforman en vehículos donde fluyen imágenes, palabras, deseos y nuevas representaciones, fruto del acontecimiento significativa y marcante, que genera ese encuentro entre-dos.

En esa complicidad los niños configuran su experiencia infantil y los padres transmiten más allá de un conocimiento, un saber que, articulado al deseo y amor parental, se constituye en aquello que se dona, don que constituye así la herencia más simbólica.

“Estas primeras imitaciones tónico- posturales comienzan a anudar el movimiento corporal del infante a la mirada, al toque y a la postura del Otro. Pero también son un punto de anclaje de la propia mirada del niño, ya que es por ella y en ella que estas imitaciones se realizan. En ese puro movimiento miméticos e instaura un plus, un “más allá” de lo motor, delineado por ese ida y vuelta del funcionamiento imitativo donde el movimiento corporal se inviste, se libidiniza, se inscribe en la dimensión del placer del funcionamiento posturo-motor. (...)”

Llega un momento (alrededor de los tres meses) en que las imitaciones se silencian, para retornar, luego de este período, como imitaciones más complejas, imitaciones diferidas, o directamente sin la presencia de ningún tipo de modelo o referente externo”. (Esteban Levin)

Escena 1: Mamá y su bebé, de un mes de vida.

La mamá baña a su hijo, en una pequeña bañera, donde flota un delfín de juguete que es un termómetro, que “cuida” la temperatura del agua. Ella lo sostiene con su brazo a lo largo de su espalda, cuidando el sostén cefálico y dejando libres los miembros superiores e inferiores. Con la otra mano, va arrojando agua sobre todo su cuerpo, rítmicamente, mojóndolo.

El bebe flota, mueve con libertad sus brazos y piernas, hay un silencio amoroso que por momentos se rompe ante alguna pregunta que ella le formula: “¿Te gusta? ¿Estás calentito? Qué bien se te ve ahí flotando, ¿eh?”. El bebé la mira fijamente, no deja de mover suavemente sus brazos y piernas, y su boca realiza pequeños movimientos, acordes a los que ella, como espejo, le ofrece.

Se los nota plácidos a los dos, embelezados en una escena en la que existen ambos, cada uno desde otra posición subjetiva, asimétrica, donde ella arma la escena y el escenario que sostiene, anticipando allí un sujeto que la comprende, que la ama.

El bebé está en calidad de sujeto para la madre, aunque ella sea imprescindible para que el exista como tal, todavía. El ha comenzado el camino de las imitaciones, pequeñas- grandes experiencias compartidas. Escena de constitución subjetiva para el niño, y escena donde el Otro “dona” su existencia en pos de la subjetividad naciente de su bebé.

Escena de imitación precoz, imprescindible para sostener la ilusión y anticipadora de muchas otras que vendrán.

Fascinaciones precoces en la infancia.

Escena 2: Papá y bebé de un mes y medio de vida.

La mamá está en la escena, pero detrás de una cámara de filmar. En la escena se encuentran padre e hijo. La madre los filma... en silencio.

Con tan sólo un mes y medio de vida, el bebé es convocado a conversar.

“¿Cómo estás?”, pregunta el padre a su bebé, mientras lo mira intensamente y lo sostiene con su brazo por debajo de su espalda y su cabeza, apoyándose los dos, en un sillón del living. Mientras, están rodeados de otros familiares, que realizan distintas actividades en el mismo ambiente, que conversan entre ellos, que se mueven de acá para allá.

El bebé- hijo mira sostenidamente a los ojos a su papá, quieto y en silencio. El padre vuelve a decir-le: “¿Qué tal ché? ¿Estás bien acá?”. En ese momento el padre recibe una pregunta de un adulto que se encuentra a su lado. El, sin dejar de mirar a su hijo, contesta la pregunta del adulto. Se sonríe, habla y gesticula dirigiendo su rostro y su gestualidad facial hacia el bebé, con la misma intensidad que sus palabras responden al otro, que esta fuera de esa escena íntima, de a dos.

Se produce un momento intenso y disociado a la vez. Las palabras están en relación a otro- adulto, sin embargo la escena y la intimidad, quedan remitidas al papá y su bebé. Entre ellos circulan miradas, sonrisas y gestos que se entrelazan ininterrumpidamente, en un doble espejo. Este, a su vez, es sostenido- acompañado por la mirada de la madre, a través de la cámara de filmar y en un respetuoso y fascinado silencio.

Por momentos, se escucha una risa de ella, ante la escena disociada pero fascinante que está viendo y filmando. Pero, ¿qué es lo que ve?

A un padre atrapado por su bebé, por una sensibilidad que lo convoca y a su vez convocando apasionadamente a su hijo, que queda anclado en la mirada y el cuerpo de su padre y que logra, allí, responder a su demanda, y que comienza a imitar sus movimientos faciales, mímicas primeras que impactan en él, fascinándolo.

Todo el movimiento circundante no logra romper este hechizo.

El bebé mira fijamente los ojos de su papá, mueve la boca al ritmo de las palabras que le son dichas a otro, pero que no dejan de serles ofrecidas a él, como ofrenda de amor.

Ante la risa del papá (por aquello que le pregunta otro), el bebé esboza una sonrisa, y en espejo, refleja ese gesto constituyéndose así una imitación precoz en esa infancia naciente. El padre sigue su despliegue de sonidos y movimientos, siempre sosteniendo la escena y el cuerpo del bebé. Se sorprende de esa mueca, dándole un sentido amoroso y comentando: “Ah, ¿te reís?”.

El padre llama a la madre a verlos, a pesar de que ella ya lo está haciendo, la invita a detenerse en esa sonrisa, convocándola a la confirmación de esa escena que esta vivenciando con su bebé, con el hijo de ambos, pareja que ahora, se ha convertido en familia. Ella los mira y ríe sonora y ampliamente al ver esa escena de amor, desplegándose frente a ella y de la que es parte imprescindible.

Ese hijo es creación de ambos y transformó su relación de pareja. Ahora a cada encuentro de a dos se suma un vínculo nuevo, triangular, y allí, en esa escena de a tres, todos se ven reflejados en un juego de espejos que no cesa de circular. La madre se incorpora así a esa escena y de esa manera, reafirma lo que venía sucediendo.

Esas imitaciones precoces del niño frente a la mirada y a la gestualidad deseante de su padre, van anunciando y anticipando a un sujeto porvenir, sujeto hijo- niño en constitución (aunque para ellos, ya lo es.)

Así, en este vasto campo experiencial ligado a Otro significativo, es como el niño va ampliando su campo relacional y representacional donde se va produciendo su construcción y constitución como sujeto de deseo, partiendo de esos primeros vínculos primarios – familia – para ir extendiéndose, hacia otras nuevas escenas y escenarios de relación, intercambio y reconocimiento con otros.

“La mirada de un bebé busca prenderse a los ojos de otro ser humano que lo mire. Esta conducta, que como la succión, pareciera corresponder a un reflejo innato, se pierde a los pocos meses, de no producirse un encuentro con el mirar deseante de otro adulto. La sonrisa social no aparece y la mirada sin timón, está perdida.

Con el paso de los meses se eclipsa en el cuerpo del infante lo que no fue oportunamente desplegado. El otro escribe sobre el cuerpo del niño y, según sea su tinta producirá un sujeto que lo habite, o, a la inversa, una caverna clausurada.” (Clemencia Baraldi)

Primera experiencia con los otros: de la familia a la institución escolar

Y de pronto, toma un lugar protagónico la primera experiencia escolar, “el jardín- el maternal- el grupito- la salita”, donde se produce un encuentro con otros- pares y con otro- maestro- sustituto materno, en el sentido transferencial del término.

La madre, o quien ejerza el funcionamiento de la función materna, por primera vez intentará ser representada por otros fuera de casa y fuera de la familia. Ella, Intentará donar algunos saberes acerca de si misma, representados en su hijo y en los “gustos, disgustos y necesidades” que ella le supone como sujeto particular. Transfiere su confianza, su ilusión, un futuro anticipado en la decisión misma de incorporar a su hijo, a un mundo nuevo para todos. Maestra, escuela y la institución toda, será ahora depositaria de esta nueva y angustiante ilusión.

Dudas, preguntas, temores se formulan como interrogantes nuevos:

“¿Podrán cuidarlo como yo?

¿Entenderán lo que él necesita?

¿Comprenderán su lenguaje en construcción?...”

Comienza entonces una nueva etapa, donde habrá que invertir a esta nueva institución- ley, depositando en ella la confianza y la ilusión, anticipando así el futuro de un hijo “escolarizado”, “compañero de clase- par”, “amigo”, “alumno” que se constituye como tal, poco a poco y en un proceso de constantes transformaciones.

En la escuela, deberá inaugurarse un espacio donde jugar con el cuerpo y la palabra, pero ahora con los otros pares y adultos nuevos, en un marco donde la “ficción” será la escena de creación compartida.

Escena del “como si”:...escenas del dale que...”somos muy grandes” por eso estudiamos o aprendemos, somos “como investigadores-exploradores”, somos “como mamás-papás”, “como animales”, ¿jugamos a que...?...y un mundo se va creando a su paso.

Estas escenas y escenarios de juego, serán el núcleo fundamental donde se organice y unifique una verdadera experiencia infantil, a partir de la cual el niño crea su universo de representaciones (imágenes) ideas y pensamientos, en relación a otro que lo confirma como ser creador, creándose. Pero para que esto suceda, este juego no deberá ser planteado como método o “medio para” que el niño atienda, o haga caso, se entretenga, no moleste o aprenda un contenido.

El juego deberá ser comprendido y ubicado como eje central, como modo privilegiado en que el niño produce en cada situación, posicionado como sujeto único y en construcción. Pero es imprescindible que el Otro y los otros, espejos de su que-hacer, lo conciban y lo nombren como tal, como Ser que va siendo y produciendo así su existencia. El conforma de este modo, su imagen corporal (presentación de sí) y su esquema corporal (re- presentación de sí).

“Con insistencia descubro que las personas -en su mayoría adjudican esta habilidad a los infantes como algo innato y universal a la vez de improductivo y placentero. Se supone que los niños juegan –que juegan porque sí y espontáneamente- y que esta actividad se opone al aprender y a cualquier producción en general. (...)

El jugar lejos de constituir una acción espontánea, es el efecto de un trabajo que el infante realiza. Trabajo que como tal tiene su especificidad, su lógica y su finalidad. Hay niños que coleccionan juguetes, otros se confunden con ellos. En ninguno de estos casos se trata de un trabajo lúdico.” (Clemencia Baraldi)

El marco institucional permite y propone que estas experiencias sean compartidas, lo cual recrea anteriores huellas con las que el niño llega a ese momento y a partir de las cuales ha ido organizando su producción como infante.

La función de la escuela en estos primeros momentos, marcará sin duda, el futuro del posicionamiento que cada niño tendrá en relación a sus creaciones y a la relación con los otros. Poco a poco van tomando importancia los otros niños, sus pares, como nuevos espejos que lo impulsa a descubrir, inventar, curiosear otros cuerpos y espacios compartidos, en escenas promotoras de nuevos juegos.

Estas escenas compartidas se generan como fruto de anteriores escenas, de imitaciones más complejas, de juegos paralelos, de nuevos sonidos a través de las múltiples voces y melodías que rodean el día a día en un jardín de infantes, donde maestros, auxiliares y profesores redoblan la apuesta de los padres, apostando a la existencia y constante construcción de esos pequeños-grandes sujetos que no cesan de crecer y constituirse como tales.

En esta nueva vivencia en la vida del niño, se han multiplicado los espejos donde encontrarse, reflejarse y reflejar a otros. Jugando van generando y creando sus primeras amistades. A través de las propuestas en ese espacio-tiempo con objetos novedosos a descubrir y a abordar se continúan y se encadenan nuevas “estimulaciones” esenciales para la construcción del pensamiento y la imaginación infantil.

Nuevas e inesperadas escenas y escenarios se suceden, donde cada niño desplegará sus adquisiciones y posibilidades corporales, diferenciándose, asemejándose y recreando su imagen y esquema corporal.

Así, se pondrá en juego en cada acto, la articulación del amor paterno- filial, representado y sostenido en la escuela en el amor y deseo que cada maestro coloca en escena, dentro y fuera del aula. De este modo, produciendo y sosteniendo situaciones lúdicas, se motorizan aprendizajes que, reflejado en el doble espejo e identificación que ese amor, genera entre el niño y sus maestros, solo así y en ese contexto, aprehenderá (apropiándose del aprendizaje) y multiplicará sus efectos, en los diversos usos que hará de esos aprendizajes.

La escuela es por lo tanto, formadora de subjetividad.

El funcionamiento escolar de este modo, inscribirá nuevas huellas significantes que, de otro modo, el niño no podrá alcanzar. Estas huellas acontecimientos, no solo resignificarán su pensamiento, sino que recrearan un nuevo posicionamiento subjetivo, el cual se extenderá más allá del contenido y de los objetivos a aprender y enseñar.

Este niño que crece, cambia, aprende, y va construyendo la comprensión de nuevas dimensiones de ser, se reflejará en sus nuevas producciones y nuevos pensamientos que emergerán en su casa, y en sus vínculos primarios, donde el niño dará cuenta de su constante y renovada existencia como sujeto, en cada producción- acto en el cual de-muestra quien “va siendo” en su devenir cotidiano, en su ir siendo con otros, proceso que, al decir de Winnicott, se re-crea cada vez que el niño produce.

El niño crea entonces, a partir de la experiencia compartida, creándose así mismo cada vez, reencontrando su existencia y el sentido de seguir creando-se.

Hacia allí vamos. Ésa es nuestra apuesta.

Alicia Sabó

E-mail: saboalicia@gmail.com

Cel: +54 11 4046 7747

Ig: @lic.aliciasabo

Bibliografía

- **Levin, E. (1995).** *“La infancia en escena. Constitución del sujeto y desarrollo psicomotor.”* Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- **Levin, E. (2000).** *“La función del hijo. Espejos y Laberintos de la infancia”.* Buenos Aires: Editorial Nueva Visión.
- **Blanchot, M. (2008).** *“La conversación infinita.”* Madrid: Editorial Arena libros.
- **Baraldi, Cl. (1999).** *“Jugar es cosa seria. Estimulación temprana...antes de que sea tarde.”* Rosario: Homo sapiens ediciones.
- **Freud, S. (1907-1908).** *“El poeta y los sueños diurnos.”* Obras completas. XXXV. Editorial Amorroutu.